

IV Certamen Literario de la Cofradía del Vino de Navarra

I Premio narrativa 2007

“Olite Ciudad del Vino” - Ayuntamiento de Olite

Manuel Arriazu

El escritor de Ablitas, aunque residente en Fustiñana, cuenta con numerosos premios literarios que avalan su buen hacer en su trayectoria como escritor, entre ellos algunos muy recientes como XXXIV Concurso de Cuentos Ciudad de Tudela, Concurso de Cuentos de Aller, Villa de Ermua, Villa de Milagro, “Frida Kahlo” de Rivas Vaciamadrid, entre otros.

EL CIEGO de FORNO DOS MOUROS.

-Martín do Mexoeiro-

(Manuel Arriazu)

El ciego de Forno dos Mouros no siempre fue ciego, al menos eso aseguraba, y, aunque todos le acabáramos llamando de este modo, su nombre verdadero siempre fue muy otro y lo guardó para sí con gran celo, soy el ciego de Forno dos Mouros, así se lo pudo oír quien le quiso escuchar mientras bebía a gañote de la jarra de barro aquel vino que no pensaba tomarse la molestia de escanciar. Antes que ciego, el de Forno dos Mouros fue tuerto y quién sabe si alguna vez vio con los dos ojos, aunque no ver con ninguno de ellos, puedo dar fe cumplida, no representaba para él impedimento alguno a la hora de endilgarse en dos tragos estirados y profundos como una sima los tres cuartillos largos de vino tinto de la cacharra. Y con el vino, esto también puedo jurarlo, se le abría el corazón al ciego de Forno dos Mouros igual que barriga a cerdo en día de matanza. Usaba todavía el parche de tuerto, de badana negra, mugrienta y oscura, sobre su ojo derecho, según dijo por costumbre. Sin él se hubiera sentido como desnudo, eso decía, y al fin y al cabo tanto daba. Tres jornadas hacía ya que se habían topado con él apaleado, malherido y medio muerto, tirado como un perro sarnoso a un lado del camino que lleva del Outeiro de Cavaladre hasta la Casola do Foxo. Dijo, cuando pudo dar razón de ello, ser romero de regreso a sus lares, a saber, pero no acertó a explicar el modo en que pudo llegar a extraviarse así, tan descaminado y a trasmano andaba de la senda que debía seguir si pretendía llegar allí donde siempre aseguró que procedía. Tampoco supo dar

razón, cabal al menos, acerca de quién ni por qué causa le trató con tanta saña e inquina antes de abandonarle en el lastimoso estado en que le hallaron aquellos dos viajeros. Tuvo suerte, se apiadaron de él y, echado a lomos de mula, le transportaron hasta esta posada. Y aquí le dejaron. El más joven, no mucho más, en un honroso gesto de caridad cristiana y generosidad poco habitual para los tiempos que corren, encargó para él y abonó por adelantado unos cuidados que nadie pensó llegara a poder disfrutar sino en cera quemada y rezos y misas, tan lamentable era su estado. Después partieron. Así que aquí quedó el ciego de Forno dos Mouros, si en realidad lo era, a cargo de mi padre y sus cuidados, en la hospedería que todos llaman do Mexoeiro. Nadie hubiera arriesgado su procedencia de no ser porque él mismo dio razón, aunque más tarde se desdijera y asegurara ser otro. Pero para entonces se le iba conociendo y, aun ciego como era, nadie le creyó capaz de decir verdad. Mi padre, Xoan de Couto, posadero, recuperada casi milagrosamente la salud de quien bajo su amparo quedó, no tenía el menor reparo en servirle en vino lo que de otro modo hubiera sido necesario gastar en cataplasmas y afeites, también en sopicaldos. Al ciego de Forno dos Mouros no parecía importarle demasiado este hecho por más que sospechase que mi padre le andaba sisando, o barruntase que pensaba hacerlo en definitiva, tanto daba para el caso, con tal de que siguiera poniendo ante sí con generosidad aquel vino recio y lo acompañara a poder ser de algo de queso bien curado y un bastante de cecina. Con la panza llena y empapado como un pellejo, al ciego de Forno dos Mouros le daba por hablar a destajo y algo de entre todo lo que le escuché contar aquellos días ha de ser verdad, que no es posible que nadie sea capaz de mentir tanto ni tan deprisa. Del hábito y los pertrechos de peregrino no le restaba, al parecer, según supimos, sino el bordón, con su regatón acerado, y era tan diestro en su uso que guardarse de su alcance o protegerse de él representaba ardua tarea ya que él se encargaba de traerlo a la memoria del que quedara a su alcance a poco que uno lo perdiera de vista. Tenía mala leche el cabrón de ciego de Forno dos Mouros, muy mala, el muy cabrón. A veces mi padre me mandaba servir la mesa y él me atrapaba por el brazo, ven aquí pardal, y me sentaba a su lado y me hablaba maravillas de aquel vino, de cualquiera de ellos, no importaba cuál se le hubiera servido, y de cómo había gentes, goliardos creo recordar que los llamaba, que en las tabernas, cantando, levantaban el último vaso de vino por los itinerantes, buena y sana costumbre en su opinión, digna de

ser cultivada, y aseguraba que nadie se atrevía a declinar semejante invitación. Me ponía un vaso en la mano y escanciaba en él algo de vino, más fuera que dentro, y me hacía beber, por los itinerantes, decía. Yo me escapaba de su vera en cuanto tenía oportunidad, frotándome con fruición los pescozones de la piel y relamiéndome las comisuras de los labios, húmedas de aquel vino, de aquel sabor que cada vez extrañaba en menor medida y que, por catar mejor había comenzado a beber a escondidas. Noches había en que al amor de la lumbre del hogar se juntaban los hombres a escuchar de la voz sarnosa del ciego de Forno dos Mouros cosas que ya sabían pero que nacidas de su boca desdentada y podrida parecían nuevas. El vino, creo, hablaba por él.

Yo, les explicó aquella última noche, hace tiempo que me puse en camino por servir a Dios y honrar a los santos. Cuando aún era tuerto.

Se paraba a pensar como si lo hubiera aprendido de memoria y no pudiera revivirlo de otro modo. Después seguía. Aseguraba que había abandonado su lugar y su casa, su mujer, todo lo que tenía, y había caminado por tierras ajenas lacerando su cuerpo y buscando la ocasión de servir a Dios para ganar con ello el perdón de sus pecados y el paraíso. Claro que se guardaba muy bien de decir cuales pecados. El ciego de Forno dos Mouros, cuando aún no era ciego, a saber si era entonces el tuerto de Forno dos Mouros, había llegado a Coruña tiempo atrás.

Los demás le escuchaban. El vino les ayudaba a escuchar. Se escucha mejor en su compañía, ayuda mucho.

Había corrido el ciego, eso pregonaba, el riesgo de contraer las enfermedades contagiosas que portaban en su desesperación quienes creían poder hallar el remedio en la penitencia del viaje, en el desdén de los poderosos hacia quienes van de camino, en el desprecio de quienes no son ellos mismos sino simples pastores y labriegos.

Silencio y trago.

Había conocido, continuaba, todo tipo de bandoleros y asaltantes de caminos, de embaucadores y fingidores de males, de gentes que no dudaban en simular heridas con sangre de conejo o de liebre, en teñir de negro sus labios, en escoriarse la piel con la ceniza del chopo blanco, en gemir con gran dolor con tal de arrancar una limosna. También encontró ladrones. De todo tipo y condición, los más de ellos clérigos. Eso dijo.

Silencio largo, y trago aún más. Si acaso, mi padre aprovechaba y reponía las jarras vacías. O me lo ordenaba hacer a mí con el fin de seguir él escuchando.

Y aún así, continuaba su perorata el ciego de Forno dos Mouros con la fe de un converso, nadie debía privarles de las limosnas, tampoco se les debía despreciar, sino que había que corregirlos del vicio de la codicia a través de la palabra de Dios. Estas palabras, aseguraba, no son mías. Y nadie dudaba de ello pues parecía que por su boca anduviera hablando el espíritu atormentado de un arrepentido. Las que iban a continuación tampoco lo eran, pero ya no lo advertía. No hacía falta. A saber si era de Forno dos Mouros el ciego de los cojones. Lo más probable que no.

A veces el silencio era tan denso que llegaba a escucharse el crepitar de las ramas de la lumbre.

El ciego de Forno dos Mouros, contó, había llegado a Coruña hacía tiempo. En mal momento. En el peor. Apenas llevaba malviviendo en la ciudad un par de días cuando apareció en el horizonte del mar de Coruña una flota inglesa al mando de Sir Francis Drake. No era secreta su intención de apoderarse de la ciudad por la fuerza y destruirla, tal vez como represalia por haber sido su puerto el punto de partida de la supuesta invencible que no lo fue, ni mucho menos. Era un cuatro de mayo del año de Nuestro Señor de mil y quinientos y ochenta y nueve. Iba ya para... (el ciego hacía memoria)... tantos años hacía. Nadie sacaba la cuenta, para qué. Él mismo había ayudado con sus propias manos a poner a buen recaudo las sagradas reliquias de los santos, quién sabe si entre ellas las del propio apóstol, para evitar su profanación por la impía mano del hereje. La ciudad se dispuso a defender la plaza, ya lo sabían, tenían que haber recibido noticias de ello. Todos asentían y callaban. Bebían también y esperaban que el ciego de Forno dos Mouros les contara. Nunca está de más tener noticias y enterarse por boca de quien allí anduvo. No siempre se tenía esa oportunidad.

Llegados pues los ingleses a la Ría de los Ártabros, después de eludir con facilidad pasmosa el fuego de las baterías que protegían la ciudad, desembarcaron al fondo de la ría, en la playa de Santa María de Orza, y desde allí alcanzaron por tierra la ciudad vieja, protegida tras su recinto amurallado. Allí se habían refugiado los habitantes de la ciudad dispuestos a repeler los ataques de la horda extrajera, si era preciso vendiendo caras sus vidas.

Comenzaron a esperar unos asaltos que no llegaban. A esperar una muerte cierta. Al jodido ciego se le oscurecía la voz con una tristeza extraña.

Silencio, bocado y trago.

Pero eso no era lo peor. Aquí, los que escuchaban no podían reprimir un respingo de extrañeza. Cómo era posible que hubiera algo peor que aquel asedio por tropas que les superaban en proporción de más de diez a uno, qué podía haber peor que la proximidad de la muerte, de una muerte segura. No era eso lo peor, repetía el ciego. Y todos le miraban esperando que desvelara su secreto. Lo peor era el vino. Qué decía, cómo iba a ser el vino lo peor, que se explicara hombre, anda ciego de los cojones, que se explicara. Y el ciego de Forno dos Mouros les hacía caer en la cuenta de que el concejo estaba autorizado a impedir la entrada en la ciudad de vino procedente de otros lugares en tanto no se agotase el elaborado en su zona, ya sabían, dos leguas en su derredor. Y ese era el que quedaba aún en la ciudad vieja.

Y eso qué tenía que ver.

Ahora el ciego bebía despacio, se hacía de rogar. Todo. Tenía que ver todo. Porque daba por supuesto que en alguna ocasión habían sufrido la tortura de probar aquel vino de Coruña, de uva "romana", flojo como pedo de gato, un suplicio para el paladar.

División de opiniones, para llegar a la conclusión ya sabida de que bueno, bueno, no podía decirse que fuera.

El caso era que, a la espera de que el vino propio se acabara, los comerciantes más previsores, habían ido almacenando en los depósitos el vino de Betanzos y el de Ribadabia, también algunos procedentes de Castilla y del que fue Reyno de Navarra, de calidad contrastada todos ellos. Pero, ay, los depósitos se hallaban extramuros. Y allí estaban ahora los ingleses, campando a sus anchas. Vino bueno y abundante para el invasor. Los ingleses, que jamás fueron capaces de cocer un vino en condiciones... (en esto todos estaban de acuerdo)... y que debido a la prohibición del Santo Oficio de vender vino al hereje no probaban nada parecido ni conocían la gracia de Dios desde hacía largo tiempo, que no conocían virtud, se vieron el mal al ojo y no desaprovecharon la ocasión de ponerse tibios y brindar por una victoria que aún estaba por llegar. Mientras tanto, comenzó el asedio sin que nadie entendiera entre los defensores de la ciudad vieja cómo era posible que anduvieran ellos bebiendo aquel puñetero vino

mientras los ingleses se mamaban el de los lagares, el de mejor calidad. Una maldición insoportable, un verdadero tormento. Los ingleses descuidaron el cerco, como es de suponer, para dedicarse a la más interesante tarea de apreciar los finos caldos españoles, tan oportunamente almacenados fuera del recinto amurallado, y, poco acostumbrados a la bendición divina como estaban, que en esto al Santo Oficio le sobraba razón, cogían unas borrajas que temblaba el misterio, de las de penca ancha, llegando incluso a perder el conocimiento, si es que alguna vez tuvieron alguno. Y, desde luego, no sentían urgencia ni premura, a santo de qué, en hacer aquello que vinieron a hacer, es decir, conquistar y destruir la ciudad vieja. Tiempo al tiempo.

Otro trago, y, por supuesto, otro silencio. Un bocado también.

Sucedió entonces lo de Mayor Pita, aquella mujer valerosa que no les perdonó jamás haberle destruido su puesto en el barrio de la Peixería. A través de la brecha abierta en el muro por una mina vio subir a un alférez inglés, empapado como cuba, enarbolando su bandera, animando a unas tropas que a duras penas podían seguirle a causa de sus buenos tragos. Ella le descerrajó un arcabuzazo y lo dejó en el sitio. Esto acobardó a los asaltantes, que una cosa era andar adobado en vino y otra ser estúpido, y enardeció a quienes no les perdonaban andar bebiéndose el mejor vino, de modo que para el día diecinueve, si no recordaba mal, los echaron de la ría. Ingleses a la mar. En una de las refriegas él había perdido el único ojo sano que le quedaba. De una pedrada.

Y todos volvían a brindar. Por el ciego de Forno dos Mouros. Porque Satán tuviera a buen recaudo al cabrón de inglés que le había jodido de una pedrada el ojo sano al ciego de Forno dos Mouros. También yo me uní a la fiesta, de hecho andaba en ella casi desde el principio.

El ciego de Forno dos Mouros terminó su relato y dejó paso a otras voces, de modo que, trago va, trago viene, acabamos todos igual que los ingleses en el cerco de Coruña. El despertar fue, desde luego, doloroso. No tanto por la resaca y el mal cuerpo que nos dejó el vino, como por la oportunidad que nos dio de constatar que el ciego de Forno dos Mouros, que anduvo en Coruña cuando no lo era todavía, que todavía era tuerto, a lo peor no era ciego ni de Forno dos Mouros. A saber quién sería la sabandija aquella que acarreó de madrugada con todas las bolsas y los dineros de todos los huéspedes, además de dos de las mejores mulas de la cuadra de la hospedería. Todos le juramos odio eterno y maldijimos su

nombre. Maldito seas, cabrón, ciego cabrón de Forno dos Mouros. Pero supongo yo que al ciego de Forno dos Mouros, que seguro que no era tal ni de tal sitio, poco le había de importar ya andar en boca de nadie. Le imaginé, ahora que ya no necesitaba ser el ciego de Forno dos Mouros, ahora que podía volver a ser tuerto, portando aquel parche renegrado, anudado con su tira de badana sobre el ojo izquierdo, aquel con el que era verdad que nunca vio, y del que tan bien conocíamos su mirada exenta de brillo, extraviada y glauca.